

EN PUNTO



EL PRIMER MINISTRO DE RHODESIA, MR. IAN SMITH

VISPERAS DE TRAGEDIA EN RHODESIA

RHODESIA ha provocado la indignación del mundo por su declaración unilateral de independencia. Es una indignación moderada, tranquila. Gran Bretaña no enviará fusileros como acaba de hacer en Aden, ni levantará la borca en la plaza pública como hizo en Chipre, ni desplegará todas sus fuerzas bélicas como está haciendo en Malasia. Gran Bretaña se limita a renunciar a sus compras de tabaco y azúcar a Rhodesia y a pedir que nadie le envíe petróleo. Esta nueva rebelión de los «boers» no necesitará una guerra larga y cruel. Los Estados Unidos consideran que la decisión de Rhodesia supone una amenaza para la paz mundial y para el equilibrio de África; pero esta vez no enviará sus batallones de amarines como hizo en Santo Domingo, ni desplegará el esplendor de su fuerza militar como está haciendo en el Vietnam. El Consejo de Seguridad se ha reunido urgentemente requerido por el ministro británico de Asuntos Exteriores, Stewart; pero no habrá envío de «cascos azules» para sofocar la rebelión, como los hubo en el Congo. Esta independencia de Rhodesia, por muy ilegal que se considere oficialmente, por muchos calificativos de traición que recoja de los países de la Commonwealth, resulta esencialmente distinta. Ocorre que esta vez los sublevados son blancos y ricos, de pura raíz británica, con negocios sólidamente entroncados en la City de Londres. No en vano Ian Smith, el hombre que da la cara en Rhodesia, se ha sublevado al grito de «Viva la Reina», mientras el himno británico, el «Good save the Queens», subrayaba sus palabras en la radio y la bandera británica ondeaba en los edificios oficiales.

En principio, el delito de los blancos de Rhodesia es el de querer ejercer el dominio de una minoría racial to-

dopoderosa sobre una mayoría miserable. La proporción en cifras aproximadas —los censos fallan— es ésta: 217.000 blancos por cuatro millones de negros. Las tierras de Rhodesia —que es un país eminentemente agrícola— están repartidas así: la minoría blanca dispone de 35.950.000 acres y la mayoría negra de 44.240.000 acres; es decir, que cada blanco puede disponer de 163 acres y cada negro de 11 acres (los datos son oficiales: «Rhodesia information services», febrero de 1965. Otros seis millones de acres se consideran «interraciales», pero carecen de verdadero interés agrícola). Sobre esta injusticia distributiva planea una doctrina aparentemente filosófica, que es la misma de otro país en el que una minoría blanca domina a una mayoría negra («Nuestra posición es la misma de África del Sur. Somos una pequeña unidad del mismo conjunto». Ian Smith). Consiste en mantener que la raza negra es inferior en calidad humana y en derechos, y que la raza blanca está hecha para dominar. El partido gubernamental, el *Rhodesian Front*, estima que toda mezcla o toda convivencia es preludio del caos, y aduce como ejemplo la inestabilidad de América Latina, que considera fruto de las «mezclas de sangre» realizadas durante la conquista española (Alain Jacob, «Un printemps a Salisbury», «Le Monde», 2 de octubre de 1965). Una prueba la obtienen del hecho de que cuando se introduce a los africanos en el sistema de enseñanza, el nivel tiene tendencia a bajar» (Ian Smith). Otro miembro del Gobierno duda incluso de si hay que educar o no a los africanos: «No es asunto nuestro educar a las gentes ni decirles cómo deben conducirse» (citado por Alain Jacob). Hay que pararse a considerar que el Gobierno de Rhodesia no gasta por alumno africano más que 10 libras al año, mientras gasta cien libras por cada alumno europeo («Monthly Digest of Statistics», Sa-

SIGUE



entusiasmo ante el 1 a 0

Los españoles residentes en París jalearon entusiastamente al equipo nacional que compitió con el de Irlanda en París en partido desempate en el ciclo del período preliminar para el campeonato del mundo que se celebrará el próximo año. El entusiasmo de los aficionados no puede estimarse, en cuanto al juego se refiere, como legítimo. El partido no tuvo calidad alguna y en su segunda parte surgió el juego violento y antideportivo. El resultado fue favorable para España, que venció a los irlandeses por 1 a 0. El último obstáculo para el mundial de Londres ha sido, pues, salvado por nuestra selección.

RHODESIA

lisbury, agosto de 1965). Una política de bajos salarios completa el panorama. Los negros rhodesianos no mueren de hambre porque en Rhodesia es difícil que nadie esté subalimentado, tal es la riqueza de su suelo, pero ahí se detienen todas sus posibilidades.

La situación es lógicamente condenable. Sobre todo cuando se sabe que para mantenerla el Gobierno blanco hace uso de todos los medios de coacción de que dispone. Pero realmente parece difícil de condenar por la Gran Bretaña, que, como potencia colonial, creó pieza a pieza tal situación. Como en todos los territorios coloniales que administró. Los tiempos en que sir Cecil Rhodes —de donde surgió el nombre de Rhodesia— conquistaba y colonizaba África no eran propicios al humanitarismo. Cuando Rhodes engañó al Rey Lobengula y le hizo firmar una concesión a Gran Bretaña de todos los derechos mineros —acababa de descubrirse el oro en Matabele—, el mundo se regocijó de la astucia del británico. Cuando en 1923 Gran Bretaña concedió la autonomía interna a Rhodesia, se elaboró una Constitución por la cual el poder político y económico quedaba en manos de los blancos. Es realmente la Gran Bretaña y no Rhodesia la que quiere apartarse ahora de esa Constitución, que ella misma creó, y posiblemente no por su propia voluntad, sino por razones mayores. Por una parte está la presión de su propia Commonwealth, compuesta en gran parte por gentes de color que no ven de buen grado la dominación blanca. En segundo lugar está la importancia mundial del tercer mundo que presiona para que este estado de cosas termine. Las Naciones Unidas presionaron sobre Gran Bretaña para que aboliese la Constitución de Rhodesia en la cual los partidos políticos africanos —esto es, los negros— tuviesen una participación clara y directa. Lo que ocurrió en aquella sesión de la Asamblea General es interesante. Setenta y tres países votaron en pro de la nueva Constitución, y sólo uno en contra: África del Sur.

Hubo, sin embargo, 27 abstenciones —una de ellas, la de Estados Unidos—. Pero el delegado británico, sir Patrick Dean, abandonó el salón de sesiones en señal de protesta... (sesión del 28 de junio de 1962). Es difícil por lo tanto discriminar, separar la responsabilidad propia de Gran Bretaña en esta cuestión. Incluso las negociaciones que acaba de llevar a cabo Wilson, primer ministro laborista, son vergonzantes y pobres. «The Observer» (3 de octubre de 1965) las ha considerado como «un Munich de África».

Si examinamos de cerca las sanciones económicas dictadas ahora por el Gobierno británico, advertiremos no solamente su pobreza y su ineficacia, sino también su imposibilidad de ser llevadas a cabo. Dos países de la Commonwealth —Zambia y Malawi— serían las principales víctimas. Zambia —la antigua Rhodesia del Norte— vive continuamente en el terror de Rhodesia. Toda su energía eléctrica la recibe de allí: bastará con que Ian Smith cierre la estación hidroeléctrica de Kariba para que las minas de cobre y las pequeñas industrias de Zambia se paraliquen. Por la frontera de África del Sur, Rhodesia recibirá toda la ayuda y toda la mercancía. Y la propia África del Sur, condenada por medio mundo, expulsada de varias organizaciones internacionales, saboteada, es un ejemplo de la ineficacia de tales medidas.

El problema esencial de la nueva situación es el que varias veces le ha sido advertido a Ian Smith y a su partido nacionalista: el de una sublevación. Ya se ha formado, o se está formando en estos momentos, un Gobierno negro en el exilio. Ya las tribus se agitan en toda África central. La insurrección negra ha estado esperando hasta ahora. Tienen la esperanza de que el Gobierno de Su Majestad llegaría poco a poco a convenir a Ian Smith y a los blancos de que la independencia sólo puede producirse en el momento en que se haya llegado a una Constitución multirracial y al es-

tablecimiento de una igualdad de derechos políticos, culturales y económicos. Esa esperanza se ha roto. Josiah Chinimano, uno de los dirigentes negros —el principal, Nkomo, estaba detenido—, declaraba recientemente a alguien que le preguntaba qué ocurriría si la Gran Bretaña no cumpliera su promesa de llegar a la igualdad racial o si el Gobierno del Rhodesian Front se declarase por su cuenta independiente —como acaba de suceder—: «En ese caso, podría ocurrir cualquier cosa. No tendríamos ya ninguna razón para esperar». Ciertamente el movimiento nacionalista negro no está unificado. Sus dos principales organizaciones son rivales entre sí. El Zanu (Zimbabwe African National Union), dirigido por el reverendo N. Sithole —que está en la cárcel—, es enemigo del Zapu (Zimbabwe African People Union, el partido de Nkomo). El primero es de tipo intelectual, el segundo popularista. Es posible que estos movimientos organizados queden desbordados en cualquier momento por una pura y simple revolución espontánea, como consecuencia de la anulación brutal y repentina de las esperanzas de los siervos negros. Esta situación no sería grave solamente para Ian Smith y sus blancos rhodesianos, sino también para algunos países vecinos. En África del Sur cualquier punto de ignición puede hacer estallar la pólvora. Lo mismo ocurre en Angola. Quizá sea éste el momento decidido para una intervención de Gran Bretaña, de la ONU y de los Estados Unidos. Y en ese caso presenciáramos una vez más los clásicos ataques en letra impresa al salvajismo negro...

Estas consideraciones no han contenido a Ian Smith y se ha producido lo que los ingleses llaman el oioño suicida. El programa del Rhodesian Front se ha cumplido en tres años. En 1962 derrotaba al partido liberal de sir Edgar Whitehead. En 1963 se lanzaba el primer grito de independencia. Y Ian

Smith viajaba a Londres —entonces era solamente ministro de Finanzas— para conseguirla. En 1964, Ian Smith se convertía en primer ministro y encarcelaba a Nkomo y a Sithole, jefes de los dos partidos negros. En octubre de ese mismo año, Wilson advirtió a Smith que una proclamación unilateral de independencia sería considerada como una traición. En 1965 se prosiguió la serie de entrevistas entre rhodesianos y británicos sin ningún resultado: la independencia acaba de proclamarse. Se ha proclamado, por lo tanto, sin sorpresa. Se la ha estado viendo venir, se la ha dejado venir sin que ninguna medida realmente eficaz se preparase. Ahora sólo queda esperar la tragedia.

E. H. T.

ASUNTOS EXTERIORES

los amigos de bonn

En una conferencia pronunciada en Frankfurt del Main, el embajador norteamericano en Bonn ha reprochado a los alemanes federales de manifestar falta de confianza hacia los Estados Unidos. El diplomático americano ha enumerado los puntos en que se basa esa desconfianza: los alemanes creen que el capital yanqui, por sus inversiones en la Alemania de Erhard, pretende controlar el potencial industrial alemán, así como disminuir, a pesar de sus reiterados mentís, la importancia de sus fuerzas estacionadas en Europa. Los Estados Unidos son hostiles a una participación de los nucleares —entre los que se encuentra Alemania— en las conversaciones que conciernen al empleo de estas armas. Pero al mismo tiempo que el embajador americano pronunciaba esta conferencia, se hacían públicos los resultados de un sondeo de la opinión pública según la cual, Alemania es el mejor amigo de los Estados Unidos. Según esta encuesta, el cincuenta y nue-



COHETE ORBITAL ATOMICO

la sangre y goldwater

En un acto celebrado en la Universidad de Los Angeles, el senador Robert Kennedy declaró que "donar sangre para los norvietnamitas no estaría en contradicción con las tradiciones de nuestro país". Respondiendo a una pregunta, el senador añadió: "Una acción semejante debe ser hecha teniendo en cuenta las leyes en vigor y bajo la vigilancia de la Cruz Roja". El senador Barry Goldwater, fracasado candidato a la presidencia en las elecciones del año pasado, ha atacado duramente a Robert Kennedy por sus declaraciones en la Universidad de Los Angeles. Goldwater hablaba en un mitin celebrado en Alburquerque (Nuevo México). Sin mencionar el nombre de Kennedy, dijo: "¿Por qué callarse cuando un senador americano ha dicho que no encontraba inconveniente en enviar sangre americana a nuestros enemigos comunistas? No puedo ocultar mi inquietud por el hecho de que la prensa de nuestro país no haya saltado ya sobre su garganta. He conocido muchos irlandeses, pero no he encontrado ninguno que amara a nuestros enemigos". (La familia Kennedy es de origen irlandés.)